

# Un personal viaje a la semilla

## Entrevista al escritor antioqueño Dasso Saldívar

Luis Carlos Rodríguez Álvarez

Médico, Magíster en Historia, candidato a Doctor en Artes, profesor e investigador, lcarlos.rodriguez@udea.edu.co

Con ocasión de celebrar sus 70 años de vida, se presenta una entrevista a manera de biografía íntima, del escritor antioqueño Darío Antonio Sepúlveda Ochoa, conocido en el mundo de las letras como **Dasso Saldívar**, famoso —y con justicia— por ser el autor de *El viaje a la semilla*, la primera y más completa biografía escrita sobre Gabriel García Márquez, traducida a una docena de idiomas modernos. El biógrafo de Gabo es exalumno de la Universidad de Antioquia —hizo el bachillerato en el Liceo Antioqueño e inició estudios de Derecho—. Poeta, novelista, ensayista y comentarista de alto vuelo, desde hace más de 45 años **Dasso** vive en España, donde ha construido una carrera literaria ejemplar, seria y maravillosa. Su reciente novela *Los soles de Amalfi*, no sólo se constituye en su personal viaje a sus semillas y sus raíces, sino en una sinigual pintura, plena de luz, calor, nostalgia y amor, casi un poema... En la entrevista se habla de su infancia campesina, de su adolescencia en Medellín y sus inicios en la literatura, de sus visitas a *Salsipuedes*, de su viaje al “viejo continente” y su dedicación definitiva a la vida de escritor, de sus obras más importantes y de sus muchas amistades y relaciones en el círculo literario de hoy en Colombia y el mundo.

**1. Luis Carlos Rodríguez: Para empezar, quisiera que usted me hablara, si no le molesta, de su nombre literario... ¿Por qué Dasso Saldívar? Según entiendo este es un apellido vasco...**

**Dasso Saldívar:** Querido Luis Carlos, en cuanto al origen de mi heterónimo, esto es lo que recuerdo y escribí en algún momento: Fue en segundo de bachillerato, al empezar a escribir y a publicar mis primeras prosas y versos, cuando me inventé el seudónimo de Dasso Saldívar. El nombre Dasso viene de las iniciales de Darío Antonio Sepúlveda Ochoa, al que le agregué una *s* más por mi admiración temprana a Picasso. Ahora, Saldívar es un apellido vasco que se escribe con *Z*. Como me pareció que la *Z* no encajaba con las *eses* del Dasso, le cambié la *z* por *s*, consiguiendo una armonía eugráfica y eufónica. Ahora, como bien acabas de observar, Zaldívar significa en vasco “vega de los caballos”, expresión que, curiosamente, tiene mucho que ver con mi infancia, pues las primeras vegas de caballos (y de ganado de engorde) que conocí fueron las Vegas de Juntas, la mítica hacienda del doctor Vieira, a orillas del río Guadalupe.

Cuando me pregunto por qué me inventé ese seudónimo, no logro tener una respuesta clara. A veces, creo que lo hice por la ingenuidad de creer que, para ser poeta (como lo había leído en las vidas de Rubén Darío, Pablo Neruda y Porfirio Barba Jacob) había que tener un seudónimo. Otras veces, pienso que lo hice para esconderme detrás de ese nombre. Aunque pueda parecer lo contrario, nunca me ha gustado llamar mucho la atención sobre mi persona, ni para bien, ni para mal. Así que me sentía contento cuando mis amigos y compañeros del Liceo Antioqueño leían mis cosas en la prensa, pero más cómodo y divertido me sentía cuando muchos no sabían quién era ese tal Dasso Saldívar. Lo cierto es que, estando ya en España, donde vivo desde septiembre de 1975, un día quise dejar el seudónimo, pero el juego se había vuelto tan serio, que me fue imposible firmar cualquier texto con mi nombre de pila. De hecho, no estoy seguro de que Dasso Saldívar y Darío Sepúlveda Ochoa sean la misma persona. Entonces descubrí que Dasso Saldívar no era mi seudónimo, sino mi heterónimo.

**2. Dasso, ¿por qué siempre en sus biografías, cuando aparece el sitio de**

**nacimiento, solamente se menciona “San Julián, Colombia, 1951”, sin detallar que San Julián es una vereda del municipio de Guadalupe, departamento de Antioquia, en Colombia... ¿Se trata acaso de una especie de suspicacia topográfica, hecha adrede, para “despistar” y a la vez “ubicar” a sus lectores en su propio universo?... ¿Es una localidad literaria o de ficción, descrita a la manera de Gabo cuando habla de Macondo y de Mejía Vallejo, de Balandú, tratándose de pueblos o sitios “muy personales”?**

No, es algo inconsciente, espontáneo y verdadero, pues no hay nada más raizal y poderoso que ese lugar donde nacimos y crecimos y nos apropiamos de forma hedónica y emocional. De ahí que poetas como Baudelaire, Rilke y Exupéry repitieran, cada uno a su manera, que el verdadero tesoro de nuestras vidas es el país de la infancia. Y yo nací esencialmente en esas lomas de San Julián, entre potreros y cafetales, entre maizales y yucales, entre flores hermosas y diversas y entre toda clase de árboles frutales. Cuando yo digo San Julián, no pienso en un mundo abstracto: siento y me comunico con un mundo intenso e inagotable de cosas y de seres, de montañas y de valles, de ríos y de quebradas, de sonidos y de silencios, de olores y de colores, que existen de forma hedónica y emocional en mi espíritu y en mi piel. La música del viento entre las hojas secas del verano, por ejemplo, es una de las vivencias más persistentes en mí. Y es que cuando se ha vivido en medio de la naturaleza con todos los sentidos, uno puede entender y casi que resumir su vida en aquel verso de Alberto Caero: “Basta existir para serse completo”.

En cambio, aunque Guadalupe es mi pueblo, el municipio al cual pertenece San Julián, es un lugar que emocionalmente casi no está en mi infancia, y solo de forma parcial en mi adolescencia. Las dos únicas ocasiones en que me llevaron a Guadalupe de niño, siendo ya consciente, fue a los cinco años, para recibir la confirmación de manos de Monseñor Miguel Ángel Builes, y a los siete u ocho, cuando visité con mi padre, Salvador, el cementerio donde estaba la tumba de mi madre, Juana, que murió en la finca de San Julián cuando yo tenía apenas dos años y diez meses.

De modo que San Julián es en *Los soles de Amalfi* un lugar real y de ficción, pues es la transposición imaginaria y poética de mi localidad natal, del

lugar de mis primeras y esenciales experiencias de vida, donde, volviendo a Caero, “la espantosa realidad de las cosas era mi descubrimiento de cada día”.

**3. ¿Todo lo que cuenta en *Los soles de Amalfi* se refleja en la mirada de ese niño protagonista?**

Sí, en la mirada de Talo, en la de Anatolia y en la de cada uno de los otros personajes, por secundarios que sean, pues cada personaje es en alguna medida el *alter ego* del autor. Pero, esencialmente, Talo y Anatolia soy yo. De hecho, esta novela no terminó de arrancar con fuerza y verosimilitud hasta que no apareció el personaje de Talo, el nieto de Anatolia. Sentí que su presencia hacía más verosímil y más verdadera la novela, que le daba más solidez al personaje de la abuela.

**4. Entiendo que usted estudió la primaria en la Escuela Rural de Guanteros. ¿Qué recuerda de esos años, de sus maestras de escuela y de sus primeros contactos con la escritura y la lectura?**

Recuerdo cuando era un niño campesino de ocho años que aún no sabía leer ni escribir. Recuerdo perfectamente lo que sentía y lo que pensaba del otro lado del abecedario, en la finca cafetera de mi padre, en las lomas de San Julián. Recuerdo cuando vi el primer diccionario y lo hojeé, y el primer ejemplar del periódico *El Colombiano*, que mi padre solía comprar los domingos en el pueblo. Aunque no sabía lo que decían, para mí fue una experiencia prometedora: aquellos objetos estaban llenos de palabras desconocidas, de signos misteriosos, que guardaban mensajes para el futuro lector que yo quería ser. Recuerdo que un día le pregunté a un amigo apodado *Ñere* qué se sentía al saber leer y escribir: “Ah, eso es una cosa maravillosa; uno se siente muy bien, como en otro mundo, si vieras”, me dijo.

Al fin, después de ciertas dificultades, aprendí a leer y a escribir de la mano de mi primera maestra, la señorita Inés López, en la escuela de la vereda de Guanteros, situada en la cima de la montaña. Y, como me había dicho *Ñere*, me sentí un privilegiado cuando adquirí los dones de la lectura y de la escritura. Pero de alguna manera, me daba cuenta de que había empezado a vivir en dos mundos paralelos a partir de ese momento: uno, que era el mío: el campo con sus días y sus noches, sus soles, sus estrellas y sus lunas, sus ríos y sus



montañas, sus cafetales y sus potreros, sus pájaros y sus insectos, sus ruidos y sus silencios, sus certezas y sus enigmas y miedos; y otro, que era el mundo contenido en las palabras de la maestra Inés, que yo percibía extraño y lejano, como una especie de cuento de hadas. Pero ese cuento de hadas me gustaba, aunque no me sirviera para referirme a mi mundo real del campo. Al son de cada palabra dicha o escrita por la maestra, yo creaba mundos de ensueño, con sus soles, sus estrellas y sus atmósferas propias. Hasta en el olor de la tinta y del lápiz, de los cuadernos y de la cartilla de leer, yo percibía de forma hedónica la promesa de otros mundos, de otras maneras de ser. O tal vez la manera de ser plenamente. Estas sensaciones me ocurrían ya de la mano de mi segunda maestra, Rosalía. Podría decirse, como lo había escrito el poeta francés Alain Busquet, que al fondo de cada palabra yo asistía a mi nacimiento, a mi otro nacimiento, como aparece en *Los soles de Amalfi*.

Cuando agoté los dos únicos cursos de primaria que había en la escuela de Guanteros (asistiendo solo día de por medio, pues los otros días lo hacían las niñas), mi padre y mi hermano Fanier decidieron que repitiera segundo solo para que no me quedara en casa haciendo de agricultor raso, aunque había coronado el segundo con las máximas calificaciones. Durante este curso repetido, mi ocupación consistió casi siempre en ayudar a la profesora a dar la clase a los alumnos de segundo, mientras ella se ocupaba de aleccionar a los de primero. La escuela solo tenía una profesora para los dos cursos. Obsesionada con que yo siguiera estudiando, mi tercera maestra, Elvia Sepúlveda, que era de Carolina, habló con mi padre para que me mandara a estudiar al pueblo de Guadalupe o a la ciudad de Medellín, y cuando mi padre me propuso que continuara los estudios en el pueblo, me negué: si no podía estudiar en Medellín, mejor me quedaría trabajando en la finca, le dije. Entonces me llevaron a Medellín, a casa de mi tía María Álvarez, donde cursé tercero, cuarto y quinto de primaria, y luego, gracias a una matrícula de honor que me concedieron por mis excelentes resultados al final de la primaria, comencé el bachillerato al año siguiente en el Liceo Antioqueño de la Universidad de Antioquia.

**5. ¿Es posible que, desde la escuela de Guanteros, hubiera sentido el llamado de la literatura, o eso fue posterior?**

Eso fue después.

Pero durante los años de mi infancia y la primera parte de mi adolescencia, viví en un mundo que era pura literatura en acto, en vida, como le ocurre al personaje Talo en *Los soles de Amalfi*. Todas esas historias de duendes, de brujas y de ánimas, todas esas fábulas y leyendas, creencias y supersticiones, vertidas por la cuentería o literatura oral, puede decirse que constituyeron mi primera formación literaria, en un medio en el que la literatura se confundía con la vida misma y esta con la literatura. No puedo negar que a esta primera formación literaria existencial están ligadas también las historias bíblicas que me contaban mis maestras de Guanteros sobre la creación del mundo, la expulsión del paraíso de Adán y Eva, el asesinato de Abel por su hermano Caín, la historia fascinante de José y sus hermanos o la de Moisés y la liberación de su pueblo del yugo egipcio, con el consiguiente éxodo. También algunas fábulas de Esopo y Rafael Pombo que venían en la cartilla de leer.

Obviamente, empecé a ser consciente de ello años después, cuando, estando en primero y segundo de bachillerato, me convertí en un lector apasionado. Los primeros cuentos que me deslumbraron fueron los de Tomás Carrasquilla, sobre todo “En la diestra de Dios Padre”, “Simón el Mago” y “El ánima sola”. Pero yo había leído ya, y seguía leyendo, poemas de Quevedo, Góngora, Lope de Vega, Rubén Darío, Amado Nervo, Porfirio Barba Jacob, León de Greiff, Julio Flores, Epifanio Mejía, Carlos Castro Saavedra.

**6. ¿Fue entonces cuando sintió el llamado de la literatura?**

Sí, probablemente. Fue entonces cuando incurrí en mis primeros voluntariosos y mediocres poemas. En esos primeros años del bachillerato, era también un cazador y un coleccionista enfebrecido de palabras y de versos. Frecuentaba el diccionario todos los días, como el creyente lo hace con la Biblia, llegando a conocerlo a fondo (luego sabría que una cosa es saberse el diccionario impreso y otra saberlo en la vida real), a la vez que leía los poemas y los relatos de los autores de los cuales he hablado antes; también leía en algunas enciclopedias algo de astronomía y de biología, así como las vidas de personajes como Alejandro Magno, Julio César, Cristóbal Colón, Bolívar.

Pero las novelas me daban mucha pereza. Las encontraba lentas, llenas de excesivas palabras e innecesarias descripciones. De las novelas clásicas, como *El Quijote*, me espantaban los arcaísmos y la aridez de la sintaxis. Y durante años me pasó, y me sigue pasando, lo que a Stefan Zweig, quien confesó que “nueve de cada diez libros que caen en mis manos los encuentro sobrecargados de descripciones superfluas, diálogos extensos y figuras secundarias inútiles, que les quitan tensión y les restan dinamismo”.

Recuerdo que un compañero de segundo de bachillerato del Liceo Antioqueño, al ver mi pereza para la novela clásica, intentó que yo leyera obras como *La búsqueda del tiempo perdido*, *La montaña mágica* o *Madame Bovary*, pero sus intentos de seducción fueron inútiles. Hasta que un día me dijo: “Por qué no te lees una novela que está muy de moda, una novela que habla de las cosas de la vida, de esas cosas que todos hemos vivido; es una novela maravillosa que se llama *Cien años de soledad*, escrita por el colombiano Gabriel García Márquez”. Era la primera vez que oía los nombres de la novela y de su autor. Pero no le hice caso a mi compañero Fernando Gallego hasta varios meses después, estando en tercero de bachillerato, y creo que finalmente no leí esa novela impulsado por su recomendación, sino por una anécdota aparentemente inocente (aunque es posible que la hubiera empezado a leer en un ejemplar prestado a finales del curso segundo).

Lo cierto es que una mañana, al salir de clase, vi, en la cartelera del pabellón de tercero y cuarto, un recorte de *El Espectador* donde se decía que la crítica alemana consideraba *Cien años de soledad* una novela de genio. Lo que más me llamó la atención no fue el calificativo, sino la foto del escritor que ilustraba el artículo: un costeño sonriente, con el pelo desordenado y sin corbata, con un saco de pata de gallo estampado de figuras lineales blancas y negras. La imagen que yo tenía entonces de los escritores era la de unos tipos hieráticos, bien vestidos y encorbatados, peinados con gomina y escoltados por estanterías atiborradas de libros. En medio de mi ingenuidad, me pareció increíble y fascinante que aquel colombiano con esa estampa desaliñada hubiera escrito una novela que hasta los alemanes calificaban de genial. Entonces decidí regalarme mi primer ejemplar de *Cien años de soledad* en la librería de Alberto Aguirre, quien había sido el primer editor de *El coronel no tiene quien le escriba* y quien sería después mi amigo y una fuente generosa de *El viaje a la semilla*.

La experiencia de su lectura me deslumbró y me dejó levitando, como Remedios la bella. Muchas cosas aprendí y sigo aprendiendo de ese libro maravilloso e inagotable, pero la primera es lo que decía al principio: me removió y enriqueció, como a muchos lectores, el mundo de mi infancia y me hizo consciente de que yo también había nacido en un medio en el que la vida estaba llena de cosas que eran pura literatura fantástica. El reto era inmenso: cómo aprender a imaginar a partir de ellas y cómo aprender a contarlo, ya que el maestro de Aracataca lo había hecho de una manera tan insuperable, que, más que iluminarme, parecía que me cerraba el camino. Lo mismo me pasaría años después con Rubén Darío, Juan Rulfo, Borges, entre otros escritores que me han tocado las fibras más profundas de mi ser.

**7. ¿Fue en ese tiempo de primeros años de bachillerato cuando su condiscípulo Jorge Alberto Marín, hijo del maestro Jorge Marín Vieco, le llevó a su casa Salsipuedes (en Robledo), donde usted conoció a personalidades de la literatura y la cultura, como León de Greiff, Gonzalo Arango, Jorge Artel y otros? ¿Cómo fueron esas experiencias? ¿Qué significó para usted, en cuanto a lo personal, lo espiritual, lo literario y lo cultural, conocerlos y sentirlos de cerca? ¿Impactaron sus primeras experiencias creativas, sus “primeros voluntariosos y malos poemas”?**

Jorge Alberto Marín y yo nos conocimos y nos hicimos amigos a principios de segundo de bachillerato. Jorge era apenas un adolescente de trece años, el menor y el más alto de la clase, pero ya era un virtuoso concertista de piano, y, desde el primer momento, le tuve mucha admiración. Yo seguía siendo un tímido joven campesino que, empujado por mi origen humilde, me la pasaba todo el día y parte de la noche estudiando y leyendo, pues, aparte de mi afán de querer saber un poco de todo, tenía el complejo de que, por el hecho de ser campesino, nunca iba a dar la talla entre mis compañeros de ciudad. Fue así como llegué a tener la gloria efímera de ser, lo mismo que en primero, uno de los mejores estudiantes de los cursos de segundo. Tal vez por esto, por mi manera de expresarme, un tanto viciada por el diccionario, y por alguno de mis primeros poemas que le recité de memoria, un día Jorge Alberto me expresó su admiración durante nuestra primera conversación amistosa. La verdad es que sentí un

poco de rubor, habiéndole ya oído tocar el piano en un evento del Liceo Antioqueño, y le dije que en realidad era yo quien más lo admiraba a él. Todo esto dio paso a una entrañable amistad y complicidad que duran hasta hoy.

A partir de ese día Jorge me habló de su padre y me enseñó fotos de sus obras escultóricas, me habló de *Salsipuedes* y de su historia, de sus destacados visitantes, como Pablo Neruda, León de Greiff, Fernando González, Manuel Mejía Vallejo, Jorge Artel, Gonzalo Arango, Lucho Bermúdez y Matilde Díaz. Y me contó que en 1948 Lucho Bermúdez había compuesto su famoso porro epónimo “Salsipuedes” en honor de su casa. Hasta que un día me invitó a conocerla, y me presentó a sus padres, Jorge Marín Vieco y Maruja Restrepo, y a su hermana María Teresa, una niña de once años que tocaba el violín. Pero mi gran fascinación, que todavía conservo como el mayor orgullo del comienzo de nuestra amistad, fue cuando Jorge Alberto se sentó a su piano de cola Ibach de 90 teclas y tocó la famosa bagatela *Para Elisa*, de Beethoven, y alguna fuga de Bach y algo de Mozart y tal vez de Chopin.

Estas visitas y sesiones musicales se repitieron a lo largo de todo el bachillerato. Durante estos años estuve no solo arropado por la cercana y afectuosa amistad de Jorge Alberto, sino que pude beneficiarme de su arte musical, del escultórico de su padre, a la vez que de su señorío, y de las atenciones de doña Maruja. De modo que relacionarme con estos tres personajes, que llegaron a ser como parte de mi familia, junto al ambiente y la memoria de *Salsipuedes*, fue una de las vivencias más beneficiosas en mi formación de hombre y de escritor. Fueron el marco y la atmósfera que necesitaba para empezar a consolidar una vocación. *Salsipuedes* se me reveló, pues, como un Parnaso real, donde la mitología se hacía realidad viviente y creativa, una casa llena de violetas, rosas y bifloras, que con tanto mimo cuidaba el escultor, entre mangos, naranjos y palmeras, visitada por notables nombres y rostros de la cultura, la literatura y el arte colombianos.

Por supuesto que la presencia, inmediata o lejana, de otros nombres ilustres fue un estímulo importante. A varios de ellos ya los venía leyendo, y conocí personalmente a Jorge Artel, a Jorge Robledo Ortiz y al compositor Blas Emilio Atehortúa. A Gonzalo Arango lo empecé a leer en ese entonces gracias al poema-ensayo “Los Cristos de Salsipuedes”, que había publicado en *El Tiempo*

y que Jorge Alberto me dio a leer. A raíz de esa lectura, siendo ya un visitante asiduo de *Salsipuedes*, le prometí a mi amigo que le iba a escribir un poema a su padre, y fue así como un día le llevé un poema muy barroco, con una marcada influencia de Quevedo y de De Greiff, que mi amigo le enseñó a su padre. Era uno de los tantos poemitas que yo escribía entonces llevado por cualquier pretexto, y de ahí su carácter voluntarioso y artificial.

Todas estas experiencias amistosas, emocionales y artísticas en el marco de *Salsipuedes* se conjugaron en el tiempo con mi descubrimiento de Gabriel García Márquez y de su obra, sobre todo de *Cien años de soledad*, y eso fue definitivo para que yo terminara de encontrarme cómodo y francamente feliz en el mundo de la literatura y del arte.

Como le dije a Jorge Alberto, “Mozart en *Salsipuedes*” es un título que me viene sonando desde hace años, aunque todavía no está claro si se encarnará en una novela o en un libro de memorias, o si se quedará solamente en eso.

#### 8. ¿Siguió escribiendo en los últimos años y al terminar su bachillerato en el Liceo Antioqueño? ¿Queda algo de esos años?

Sí. Seguí escribiendo poemas, muchos y malos poemas, y poco a poco esa pasión versificadora se iría derivando hacia los comentarios literarios, el reportaje y otros ejercicios periodísticos.

De todos esos poemas del bachillerato, creo que se salvaron los tres o cuatro que Carlos Castro Saavedra me publicó en una antología de poetas universitarios aparecida en la *Revista de la Universidad de Antioquia*. Recuerdo que había uno sobre Gregorio Gutiérrez González, que ya me había elogiado Jorge Robledo Ortiz, y otro sobre la madre tierra.

Estando en cuarto o quinto de bachillerato, en plena pasión garciamarquiana, me enteré de que el autor de *Cien años de soledad* tenía una hermana monja salesiana que dirigía un colegio femenino en Copacabana. Conseguí el teléfono del colegio, la llamé y le pedí lo que nunca había hecho en mi vida: una entrevista. Pero tenía la necesidad de que aquel encuentro con ella fuera una conversación centrada en la infancia y en la familia del escritor. Para mi alivio, me encontré con que sor Aída García Márquez era una monja jovial y sencilla, buena conversadora y excelente narradora oral. De entrada, supe que el afán de

contar historias no era un don exclusivo de su hermano, sino más bien un distintivo familiar, como lo pude corroborar años después en diversos encuentros con su padre y sus hermanos. Aída Rosa me contó muchas cosas en aquel primer encuentro: las manías y gustos del niño Gabito, su relación con los abuelos, especialmente con el abuelo, el amor platónico del niño por la maestra que le enseñó a leer y a escribir, me habló del padre farmacéuta y homeópata, que había dado origen en parte a Melquíades, del belga don Emilio, quien con su suicidio dio origen parcialmente al personaje del médico de *La hojarasca*, me refirió con lujo de detalles cómo el escritor les leía a sus padres y hermanos capítulos enteros de su ópera prima en marcha y cómo al principio le tenía varios títulos, de los cuales recordaba *La casa* y *Ya cortamos el heno*. Me contó la historia de María Amalia Sampayo de Álvarez, la rica hacendada de Sucre que dio origen al personaje de la Mamá Grande. Con toda esta información y la emoción de su hallazgo, escribí mi primer reportaje sin saber cómo, se lo mandé al director de *El Espectador*, y él tuvo la generosidad de publicarlo en la honrosa tercera página del *Magazín Dominical* del periódico. Fue mi entrada en el periodismo y el comienzo de una cierta amistad con Guillermo Cano.

A finales de ese año, tuve la ocasión de volver a visitar a Aída en compañía de Jorge Alberto Marín y pudimos conocer a su madre, doña Luisa Márquez, quien había venido desde Cartagena para acompañarla durante una convalecencia. Fue así como, con la recomendación de la hija y la invitación de la madre, me aventuré al año siguiente en mi primer viaje a la Costa, donde pude visitar a los padres de García Márquez en Cartagena y viajar luego a Barranquilla y Aracataca. En esta, pude hacer entonces mis primeras pesquisas sobre el pueblo y la casa natales del escritor, lo que me permitió escribir mi segundo y amplio reportaje, “En busca de Macondo”, que Guillermo Cano publicó en dos entregas en el *Magazín Dominical*.

Fue durante este último año de bachillerato cuando publiqué también un reportaje sobre Manuel Mejía Vallejo en el mismo *Magazín Dominical*, a raíz de la premiación y publicación de su novela *Aire de tango*, con el redundante título de “Al son del tango con Mejía Vallejo”. Ya Manuel era mi amigo y mi maestro, una de mis grandes referencias humanas y literarias. Y así, durante el final del bachillerato y el comienzo de la carrera

de Derecho en la Universidad de Antioquia, seguí publicando diversos textos en el mismo periódico bogotano y en *El Colombiano*. Algunos de estos trabajos me los publicó después, gracias a la generosa alcahuetería de Gustavo Álvarez Gardeazábal (sobre quien había publicado otro reportaje en el mismo *El Espectador*), *La Estafeta Literaria*, de Madrid, desde donde la agencia EFE le dio eco internacional a mi texto “En busca de Macondo”. Como comprenderás, para un bachiller que comenzaba sus bregas en la literatura y en el periodismo, aquello fue lo máximo.

#### 9. Dando por supuesto que fue un egresado muy brillante, ¿le dieron cupo en la Universidad de Antioquia? ¿Por qué escogió Derecho y Ciencias Políticas como carrera universitaria? ¿Por qué no una carrera más afín a las Letras, como Lingüística y Literatura?

Creo haber sido un estudiante más o menos “brillante” hasta cuarto de bachillerato. Mi interés por la literatura, sobre todo por la poesía, mi fiebre por la escritura y el periodismo y mis afanes de lector humanista, dieron al traste con el estudiante académico ejemplar a partir de este curso. Me daba cuenta de que algunos amigos y compañeros de clase, que ejercían la lectura y el arte como una forma de vida, tenían una visión propia de las cosas, un discurso personal que manejaban con fluidez y gracia, mientras que yo apenas podía hacer gala de cierta “sabiduría” libresca, de biblioteca; yo, precisamente, que había empezado siendo, como niño y adolescente campesinos, un perplejo lector del libro abierto de la vida y de la naturaleza, como se aprecia en *Los soles de Amalfi*. Entonces, en quinto y sexto de bachillerato, dejó de interesarme el ser un estudiante brillante, para intentar ser un lector de todo y un escritor. De modo que en sexto perdí Cálculo Integral, y aunque me dieron el título de bachiller para poderme matricular en la Universidad de Antioquia, tuve que convalidar la materia estando ya en Derecho. Pero, más que por descuido académico (esta fue la única vez que perdí una materia en todo el bachillerato), en esto tuvo mucho que ver el primer amor que tuve en mi vida, que fue una borrachera de pasión, y el profesor de esa materia me la hizo perder por razones que aquí no puedo explicar. Este incidente, tal vez el primer momento feliz y triste de mi vida, intenté conjurarlo con un poema largo, que se publicó luego en *El Colombiano* con una ilustración de mi profesor de dibujo, el maestro Jorge Cárdenas.



CheLo Camacho @ch31x

El hecho de que hubiera escogido una carrera como Derecho y Ciencias Políticas se debe a dos razones: primero, a que yo buscaba entonces una profesión que me permitiera vivir y dedicarme a la literatura, y, segundo, a que siempre tuve claro que no quería hacer una carrera académica que coincidiera con mi vocación, pues ya sabía que la literatura y el arte eran una opción de vida, no una cuestión académica; intuía, pues, que la labor y la disciplina académicas podían malograr la frescura y vitalidad con las cuales había empezado a asumir la literatura. Luego sabría que el mundo académico y universitario, irremplazable para la mayoría de las carreras, es paradójicamente un medio de perdición para muchos escritores. Por otra parte, la mayoría de las materias de Derecho y Ciencias Políticas se avenía bien con mis inquietudes humanísticas de lector.

#### 10. ¿Cuál fue la razón que lo llevó a dejar esa carrera y emigrar a España?

Fueron varias. Recuerdo que en esa época empezaba la manía de las huelgas constantes de los estudiantes, por cualquier motivo, sobre todo de índole política, y aunque yo era un joven de ideas y afinidades progresistas más o menos claras (ya era un lector aplicado de Marx y Engels), no me parecía nada revolucionario estar perdiendo clases por hacer huelgas que, en su mayoría, no conducían a nada en concreto. Esto me fue aburriendo, aunque, más que la carrera de Derecho, lo que me complacía era el mismo campus universitario, el ambiente de la Ciudad Universitaria, que sigue siendo uno de los espacios preferidos de mis nostalgias. Allí se iba no solo a estudiar, también se iba a soñar.

Pero la razón principal por la cual dejé la carrera y Medellín está del lado de los intereses del escritor incipiente, y es que sentí la necesidad de buscar un medio más fecundo y exigente a la vez para formarme y consolidar mi vocación. La Universidad, mis lecturas, mis amigos, mis encuentros frecuentes con escritores como Jorge Artel, Manuel Mejía Vallejo, Darío Ruiz Gómez, Jaime Mejía Duque y Alberto Aguirre, eran toda una complacencia y un estímulo para un joven escritor en sus albores, y no podía pedir más en el entorno de una ciudad como el Medellín de entonces.

Aparte de buscar otro ambiente y un marco de mayores exigencias, que para mí solo me podía brindar Europa, yo quería aprender de verdad

inglés y francés, dos de las materias que había seguido con más atención en el bachillerato. De ahí que mi idea era viajar a Francia a través de España. No tenía el propósito inicial de quedarme en la capital española, sino rearmarme primero en Madrid de contactos y otros elementos que me permitieran radicarme luego en París. No niego que también estuviera llevado por la brújula del romanticismo vital de un Hemingway, de un César Vallejo o de un García Márquez, que habían escrito parte de sus libros sobreviviendo en la Ciudad Luz. Pero mi idea era poder aprender francés para leer a los grandes escritores franceses en su idioma original, mientras reforzaría el inglés con estancias temporales en Londres o en Dublín. ¡La realidad me hizo ver pronto que eran demasiadas ambiciones para los escasos medios de que disponía entonces!

#### 11. ¿Cómo fueron esos primeros años en España, en cuanto a la vida, a la literatura, a los estudios? ¿Qué ciudades fueron su residencia?

Entonces me quedé en Madrid, que era una inmensa aldea castellana llena de desolación y de represión en ese momento de finales de 1975, cuando la recaída de la flebitis del dictador Francisco Franco marcó claramente el comienzo de su muerte y el final de su dictadura. Porque, en realidad, fueron dos muertes en una: Franco se murió completamente a pesar de la resistencia de sus seguidores. Me quedé, pues, en Madrid a la expectativa de los hechos históricos y propios.

Así, mientras terminaba de caer el telón del acto final de la dictadura y despuntaba el alba de la democracia española, yo hice dos cosas: me matriculé en inglés y en francés en la Escuela Oficial de Idiomas de Madrid, me puse a leer en orden a Marx y a Engels (sabiendo que no podía hablar de ello con los españoles, excepto con los demócratas y antifranquistas clandestinos) y a estudiar en profundidad la vida y la obra de García Márquez, teniendo como guía el estupendo *Historia de un deicidio* de Vargas Llosa, que ya había leído con pasión de lector artesano en Colombia. Gracias a esto pude dar al año siguiente mi segunda conferencia sobre García Márquez en la ciudad de Zaragoza.

Cuando logré llegar por fin a París, en compañía de mi amigo el poeta peruano Miguel Cabrera, ya habían pasado tres años y había avanzado un

poco en los estudios de inglés y francés, pero mi decepción fue grande cuando comprobé que no lograba entender nada de lo que decían los parisinos. Necesité como una semana para empezar a entenderles.

Como era de esperar, París me fascinó, y regresé a Madrid con la idea de volver para radicarme en esa ciudad dura y hermosa, “donde pasa el tiempo y no pasa París”, según el verso de Neruda, pero tres hechos importantes me retuvieron definitivamente en Madrid: primero, hacía un año que había conocido a una admirable mujer dominicana, mi esposa Reina Reyes, la madre de nuestros hijos Elkin, Joel, Rubén Darío y Leonard, y quien desde un principio se convirtió en mi compañera de vida y en mi mejor amiga. El segundo hecho que contribuyó a quedarme en Madrid, que es la ciudad donde he querido vivir siempre en España, fue que para entonces había resuelto matricularme en la Universidad Complutense para cursar la carrera de Sociología y Ciencias Políticas. El tercer hecho importante fue que la transición a la democracia, capitaneada por el Rey Juan Carlos y su primer ministro Adolfo Suárez, con la ayuda y el consenso del pueblo español y de los diversos partidos y dirigentes políticos, acababa de consolidarse con la aprobación de la Constitución de 1978 por parte de las primeras Cortes democráticas españolas tras el fin de la dictadura franquista. Y ya, desde hacía un año, España y Madrid eran una fiesta, una inmensa fiesta en todos los aspectos, que iba a durar más de una década.

Claro que a medida que intentaba seguir la carrera universitaria, alimentaba la vocación literaria (entonces empecé a escribir un libro de cuentos, con uno de los cuales, “Anatolia”, gané en 1981 el Premio Jauja de Cuentos, que sería la base de la novela *Los soles de Amalfi*) y vivía con interés creciente la consolidación de la democracia española, como un español más, seguía escribiendo y publicando algunos reportajes literarios en *El Espectador* y en otros medios de España y América Latina. En 1977 publiqué en aquel periódico dos trabajos a los cuales Guillermo Cano les dio portada y gran espacio en el *Magazín Dominical*: la revelación de los primeros escritos que el adolescente Gabriel García Márquez había publicado en la revista *Juventud*, del Colegio San José de Barranquilla, a principio de los años cuarenta, precedidos de un ensayo mío; el otro texto fue un coloquio con Julio Cortázar en el que tuve la suerte, la invaluable suerte, de participar, pues escuchar y conocer de cerca al gran escritor argentino ha

sido una de las cosas que más me han marcado como hombre y escritor. Con motivo del décimo aniversario del asesinato del Che Guevara en Bolivia, pude conocer a su hermano Roberto Guevara en la Casa de la Unesco de Madrid, donde le propuse una entrevista en la que pudiéramos conversar detenidamente sobre su mítico hermano, sobre su trayectoria, su legado revolucionario y su final en la escuelita de La Higuera. Roberto, un hombre tímido y cordial, que huía del asedio de tantos jóvenes que buscaban en él algo parecido a su hermano, no solo accedió encantado, sino que ese encuentro empezó a consolidar una cierta amistad entre los dos. Como Roberto, que murió en septiembre de 2018, todavía vivía clandestinamente, tuvimos que hacer la entrevista en los sótanos de un colegio mayor de estudiantes cerca de la Ciudad Universitaria de la Complutense. La entrevista, la primera que concedía a fondo sobre el Che, se publicó en las revistas *El Viejo Topo* de Barcelona y la *Alternativa* de García Márquez.

#### 12. ¿De modo que, en estas circunstancias, usted empezó a desentenderse pronto de los estudios académicos?

Sí, unos dos años después de empezar la carrera en la Complutense, me empezaron a estorbar los quehaceres académicos, incluso aquellas lecturas que me eran de provecho, pues solo quería leer y estudiar libros y temas que abonaran mi desarrollo personal y literario. Por esos días me topé con una frase de Montaigne, que ha sido uno de mis lemas: “La cosa más importante del mundo es saber ser uno mismo”.

A propósito, recuerdo que a comienzo de los años ochenta, me volví a encontrar con Manuel Mejía Vallejo, el siempre querido amigo y maestro, que venía de representar a Colombia en el Primer Encuentro de Escritores Latinoamericanos en la Universidad de La Sorbona. Nos vimos en la casa de mi amigo peruano Miguel Cabrera, en el barrio de Goya. Manuel escribía y corregía sus novelas mientras tomaba vino tinto y comía pan, un pan que Miguel le servía recién sacado del horno. De pronto, mientras yo le contaba mis bregas con la carrera universitaria, me dijo con su noble sonrisa y su voz franca y melodiosa: “Entonces vos no querés ser escritor; vos lo que querés es ser doctor. No jodás. ¡En Colombia es doctor hasta Otto Morales Benítez!”

Semanas o meses después, tenía que ir a la Facultad a dar un examen sobre *El contrato social* de Rousseau, un tema que me gustaba y que había preparado bien, pero que me dejó un sabor agrisado, y es que debí leer el libro para presentarme a un examen académico y no para asumirlo como un aporte importante para mi vida, para aprender a ser yo mismo, como había dicho Montaigne. Entonces me acordé de las palabras de Mejía Vallejo, y fue así como abandoné la pretensión de ser doctor.

**13. Una pregunta que le han debido hacer muchas veces... ¿Por qué el nombre de “El Viaje a la semilla” para su biografía de Gabo? Suponemos que es un homenaje, por el recurso de la temporalidad invertida, al cuento del mismo nombre (1944) de Alejo Carpentier... ¿Por qué lo tomó prestado? ¿Acaso usando una figura literaria, un recurso estilístico, la metonimia?**

El título *El viaje a la semilla* es, por una parte, una necesidad endógena de la obra, y, por otra, un homenaje a “Viaje a la semilla”, el hermoso y original cuento de Alejo Carpentier. Pero con el tiempo, a pesar de la belleza de la imagen, lo fui dejando de lado, porque me di cuenta de que los dos viajes eran completamente distintos, casi opuestos. Mientras que en el cuento de Carpentier el personaje Don Marcial, un viejo que acaba de morir, emprende un viaje de regreso al útero materno y a los elementos más primarios de la vida, hasta alcanzar la desintegración o deconstrucción plena de su ser en el barro primigenio, en *El viaje a la semilla* García Márquez no llega a esa desintegración ontológica, personal y literaria, sino todo lo contrario: avanza y madura hacia el origen, hacia la semilla. En el cuento de Carpentier hay, pues, un viaje, que es un regreso, un retroceso, mientras que en mi biografía hay un viaje, que es un avance, una evolución hacia el todo al recuperar el personaje la infancia, sus orígenes, sus abuelos, la casa y el pueblo natales. En lo único que se parecen los dos viajes es en que ambos son solo posibles gracias a la magia de la imaginación y de la poesía de los dos grandes escritores. Cuando tomé

conciencia de las diferencias radicales, volví al título inicial de Carpentier y lo tomé prestado, ya sin rubor, consciente de que lo había hecho mío, pero con el cuidado de ir dejando elementos de aclaración a lo largo de la biografía.

**14. En todas partes aparece que, durante su estadía en el Viejo Continente, usted tuvo y ha cultivado afectos, amistades y vínculos académicos y profesionales con un sinnúmero de literatos colombianos e hispanoamericanos de gran prestigio, cultores de diversos estilos, modos, corrientes y escuelas; seres de todas las “pelambres”, extrovertidos, introvertidos y controvertidos. Usted, prácticamente, los ha conocido a todos... Desde los más veteranos, como Manuel Mejía Vallejo, Gabriel García Márquez, Carlos Castro Saavedra, Plinio Apuleyo Mendoza, Álvaro Mutis, Germán Espinosa, Rafael Humberto Moreno-Durán, Gustavo Álvarez Gardeazábal, Harold Alvarado Tenorio, Juan Gustavo Cobo Borda, hasta los más recientes, como Héctor Abad Faciolince, William Ospina, Santiago Gamboa, Jorge Franco, Juan Gabriel Vásquez y otros que involuntariamente olvido. Prestigiosos y no... Esto me lleva a preguntarle, ¿qué es el prestigio literario? ¿Se puede hablar de ello en nuestro país? ¿Cree usted que su carrera ha sido prestigiosa?**

Creo que el prestigio literario verdadero, el que importa, es ese reflejo que te devuelven tus libros a través de los lectores: desde su incidencia en la vida de estos. Y esto se produce cuando, como escribió Emerson, los verdaderos libros que nos afectan son aquellos que se traducen a toda clase de lenguas y formas de vida. Qué duda cabe que este es el caso en Colombia de un García Márquez, de un Aurelio Arturo, de un Mutis, de un Ospina o de un Abad Faciolince, entre otros buenos escritores de ayer y de hoy.

En cuanto a mí se refiere, creo ser el menos indicado para hablar de mi “prestigio literario”, pero no puedo negar, con falsa modestia, que, en muchos de mis lectores de diferentes lenguas, culturas y edades, encuentro expresiones muy gratificantes, de esas que constituyen el mejor reconocimiento a un escritor.

**15. ¿Qué hay de sus otras formas de expresión literaria: sus cuentos, sus poemas, sus ensayos, sus entrevistas? ¿No ha considerado reunirlos en sendos volúmenes?**

Bueno, esas otras formas de expresión literaria están ahí... Los cuentos, con excepción del que da origen a *Los soles de Amalfi*, se han ido desarrollando, y es posible que de pronto aparezcan en un volumen más adelante, o que uno o varios de ellos den origen a alguna novela. No lo sé. Cuando yo entro o retomo mis textos son ellos los que deciden finalmente lo que quieren ser.

Durante unos treinta años entrevisté a escritores de Colombia, América Latina, Europa y el mundo árabe, o escribí reportajes sobre ellos, y es posible que se compilen más adelante en un volumen. Desde Julio Cortázar, Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis al iraquí Al-Bayati y el palestino Mahmud Darwish, pasando por Augusto Roa Bastos, Manuel Mejía Vallejo, Fernando del Paso, Carlos Barral, Heberto Padilla y Antonio Gamoneda, entre otros.

En cuanto a los poemas, como dije, de los cientos de malos poemas que escribí, solo se salvaron (eso espero) unos quince o dieciocho, que en su momento me publicaron Carlos Castro Saavedra y Harold Alvarado Tenorio.

**16. En su libro “Denominación de origen”, el escritor colombiano Rafael Humberto Moreno Durán habla de una “Generación Trashumante”, suponemos que para llamar a aquellos escritores que salieron del país a buscar su futuro literario en otros ámbitos... ¿Se siente usted miembro o**

**perteneciente a esta Generación Trashumante?**

No. No... Yo no me siento de la “Generación Trashumante” ni de la “Generación de la Diáspora”, entre otras cosas porque yo no creo en las generaciones literarias o artísticas. Creo más bien en los grupos. Y este no es el caso.

Yo soy una especie de francotirador de la literatura: alguien que nació en una finca cafetera de San Julián, que vive muy orgulloso de esas raíces, de esos abolengos, porque es de donde extrae su fuerza y su savia como escritor, y que ha escrito lo que ha necesitado escribir. Simplemente...

**Dasso Saldívar**

Madrid, 14 de febrero de 2019, y *Salsipuedes* (Medellín), septiembre de 2020